

Diarios sin piedad. Los ochenta: queer.

Nelson Sullivan (I)

Proyectamos en la sesión de hoy cuatro piezas, todas de 1989, que ofrecen un primer acercamiento a su universo:

Monologue For TV Show (10 min). Nelson anda con su perro en uno de sus paseos por la ciudad. Por primera y única vez se dirige a los hipotéticos espectadores del primer capítulo del «Nelson TV Show», que nunca tendrá secuela alguna.

Nelson Goes to the Red Zone (29 min). Nelson ha sido invitado a una discoteca con motivo de la presentación de una colección de moda, pero el portero, que no lo reconoce, le impide el paso. El mal humor de Nelson le vuelve chistoso y corrosivo.

Gay Day Parade (26 min). Filmación del día del orgullo gay en Nueva York donde nos encontramos con la pandilla de Nelson en una salida más militante que de costumbre.

Walk To The East Village (24 min). Nelson se ha citado con su hermano para un desayuno tardío. El día está precioso, sorprendentemente cálido para esta época del año, pero el buen humor de Nelson desaparece a medida que la espera de su hermano se prolonga.

Nelson Sullivan

Nelson Sullivan (1948-1989) fue un artista visual de Nueva York, inseparable de la escena *Downtown* de los ochenta, cuya obra permanece en gran medida desconocida. Su abundante filmografía, realizada íntegramente en un lapso de siete años, se caracteriza no solamente por su maestría, su virtuosismo y su fusión casi carnal con la cámara, sino por una mirada singular, ácida e irónica, sobre un mundo queer bohemio, por un lado divertido y deslumbrante, pero por otro lado también lleno de inquietudes y desapariciones.

Web oficial de Sullivan:

<http://www.funtone.com/thenelsonchannel>

Lista completa de sus películas:

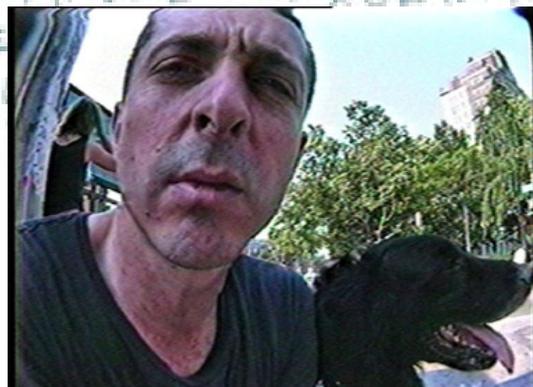
<http://www.bettyjack.com/funtone/nelson/nelsonlogs>

En la actualidad, los archivos videográficos de Nelson Sullivan están conservados en Atlanta, Georgia, por su amigo Richard N. Richards.

Del Sur profundo a la efervescente Gran Manzana

Nelson Sullivan nació en una vieja familia de clase media-alta del Sur profundo de los Estados Unidos, en Kershaw, Carolina del Sur, en el año 1948. Después de graduarse en la universidad, se traslada a Nueva York a principios de los setenta con la idea de dedicarse a la música y a la composición y con el deseo de huir de los prejuicios y de la claustrofobia propias de la vida en las pequeñas ciudades sureñas del país. Como tantos otros jóvenes homosexuales de su generación que emigraron hacia grandes centros urbanos, Nelson desea experimentar formas de vida más liberadas. Este fenómeno de éxodo se dio a conocer como «ola post-Stonewall», en referencia a las violentas protestas que se produjeron, tras repetidas redadas policiales, en las calles de Nueva York en 1969 y que pasaron a la historia norteamericana como el inicio del movimiento de reivindicación a favor de los derechos civiles de los gays.

Nelson se instala en un departamento del West Village. Intentando salir adelante con su carrera de compositor, trabaja de día en una tienda de música clásica. Pero en los siguientes 10 años, mudándose constantemente de piso, jamás consigue un alojamiento con el espacio suficiente para instalar un piano. En 1980, repara en un inmueble en el barrio de los mataderos, el Meat Packing District, donde alquila un ruinoso y barato dúplex que se convierte rápidamente en el epicentro de la revolución cultural que atraviesa tanto la vida de Sullivan como la de la propia ciudad. Amigos, personajes y aves nocturnas, artistas, performers y músicos se dejan caer y vagabundean a todas horas por la casa de Nelson. Una sensación de vida 24 horas al día que refleja el propio ambiente de la época y que impulsa a Nelson a empezar a filmar su existencia y sus alrededores.



La escena Downtown, 1974-1984

Cuando Nelson llega a Nueva York, una nueva sociedad está naciendo en el Manhattan de mediados de los setenta y principios de los ochenta. Son tiempos de renacimiento cultural en la ciudad cuya máxima expresión artística es la llamada Downtown Scene. En estos años, la densidad de artistas es extrema. Basta con citar algunos de sus componentes más conocidos para hacerse una idea de la concentración de creatividad: David Wojnarowicz, Chuck Close, Cindy Sherman, Laurie Anderson, Christian Marclay, Rhys Chatham, Sherrie Levine, Matt Mullican, Jenny Holzer, Nan Goldin... La escena artística está marcada por su afán de experimentación y de cruces disciplinarios. «Los artistas Downtown atacaban la separación entre el arte culto y la cultura de masas, desplazaban la producción y la recepción del arte de vanguardia lejos del aislamiento de los círculos elitistas y se enfrentaban directamente a preocupaciones políticas y sociales. Creando un arte que era a la vez popular y subversivo, utópico y crudo, empujaban con irreverencia los límites de las categorías artísticas tradicionales: los artistas visuales también eran escritores, los escritores desarrollaban una práctica de performer, los performers incorporaban el vídeo en sus trabajos y todo el mundo tocaba en un grupo.» (Carlo McCormick, crítico y protagonista de la escena *Downtown*.) Nueva York ha destronado a Los Angeles y San Francisco, tradicionales centros de gravitación de la cultura americana de los sesenta y setenta, convirtiéndose en la meca donde se juntan, desde todo el país e incluso desde el resto del mundo, los que quieren conseguir la fama o crear una nueva cultura ajena a los prejuicios y a los cánones tradicionales. Los artistas, los inadaptados, la gente distinta comparten un mismo espacio, un sentido de urgencia y de comunidad.

Retrato generacional en drag queen

La obra de Nelson Sullivan se ubica y se desarrolla en la vertiente más efímera, desenfundada, mundana y sexual de la llamada escena Downtown; concretamente en el ámbito de la vida nocturna de los clubs y de la escena drag queen. Esta última adquirió especial relevancia en la vida intelectual, social y artística de Nueva York y se enmarcó en una política de género postmoderna, activista y reivindicativa.

La escena drag queen, queer u «obscena», como también se la ha llamado, fue muy activa en Downtown. Se trataba de un arte de performance y de cabaret, mayoritariamente transformista, que jugaba constantemente con la exageración teatral, lo kitsch, lo insano y el mal gusto. Se desarrollaba en clubs como el Pyramid, Danceteria o el Paradise Garage y tenía relaciones con la escena del arte y el teatro experimental. Sus principales iconos fueron Ethyl Eichelberger, Alexis Del Lago, Dean Johnson, Joey Arias, John Sex, Lady Bunny o RuPaul.

Nelson Sullivan, personaje asiduo y conocido de todo aquel mundillo nocturno, se convirtió en su testigo excepcional. Documentó, locuazmente con su cámara, de la que nunca se separaba, su época y su gente. La fascinación por el transformismo constituía el principal leitmotiv de su obra. Gay y amante de su ciudad, Nelson nos pasea, en sus filmes, por la



geografía queer y artística de la Gran Manzana, mostrándonos su barrio, los clubs y cafés, el Chelsea Hotel u otros lugares míticos, poblados por una peculiar fauna a la que él se dirige a través de la cámara. A finales de los ochenta, Nelson cultiva una suerte de star-system que incluye, además de los drag queens citados, a artistas como Keith Haring, Albert Crudo y Tom Rubnitz, escritores como Michael Musto, músicos como Deee-lite y Larry Tee, o actrices como Sylvia Miles. Adepto a la inmediatez y a la celebración del instante, Sullivan filma ante todo su «comunidad», capturando la ascensión y la caída de amigos, familiares, amantes y criaturas, un mundo chillón y alegre, pero progresivamente consumido por la ambición, las drogas y el sida.

Autorretrato de resaca y canto de amor

Es interesante apuntar que la obra fílmica de Nelson Sullivan, a pesar de que vivía en Nueva York desde principios de los setenta, solamente abarca siete años de producción, de 1982 a 1989. Es decir, comienza su obra justamente cuando la escena Downtown entra en decadencia por motivos como la irrupción del sida y la cultura yuppie, vinculada a la era conservadora y neoliberal de Ronald Reagan (reeligido en 1984). Es como si Nelson hubiera sentido la necesidad de filmar para plasmar tanto modos de vida diferentes como al mismo tiempo el fin de una era mítica.

Sullivan sabía que vivía tiempos interesantes pero duros y tristes, algo que se refleja en el tono a menudo frágil y nostálgico de sus comentarios. Trabajó obsesivamente para capturar algo más que un freak-show. Durante los últimos siete años de su vida, rodó cerca de 1.900 horas, reunidas en nada menos que 600 películas. Como otros visionarios, Sullivan reconoció en su tiempo el potencial creativo, casi ilimitado, de las nuevas y baratas cámaras de vídeo portátiles, que llegaron al mercado a principios de los ochenta. No dejó de filmar las personas y los acontecimientos de su entorno, sin realizar nunca ningún tipo de montaje, dirigiendo el gran angular hacia él o hacia lo que quería mostrarnos y comentando, a lo largo de sus salidas y paseos, los sucesos de su vida.

Su estilo revolucionario es una combinación de montaje directo en la cámara y de técnicas de cine directo. Su técnica es tan fluida que le vemos deambular en el plano de la escena hasta olvidarnos de que es él quien lleva la cámara. La relación de Nelson con su público imaginario es tan sinérgica que acaba proporcionándonos la sensación de experimentar una memoria personal.

Horas y horas de grabación conforman el retrato caleidoscópico de una sociedad de inadaptados reunidos para crear algo rico y extraño a partir de casi nada, de su capacidad ilimitada de autoinvención y de autodestrucción. La obra de Nelson trasciende las fronteras del diario de un solo individuo, pero no se limita a un mero documento de antropología cultural. Además de grabar a los performers queer de moda, Nelson buscaba grabar a todos los ciudadanos de Nueva York, incluso sus marginados, empeñándose en capturar ingenuamente sus vidas a la sombra de la estatua de la libertad. Sus películas están llenas de gente anónima y desconocida. Grababa cualquier cosa que le interesaba: performances ultrajantes en bares, fiestas en casas, inauguraciones caóticas, festivales en plazas y parques y la gran variedad de comportamientos extravagantes de las personas que se encontraba por las calles. Su obra constituye, en suma, un canto de amor a los habitantes de su ciudad, una ventana sobre el pasado y los altibajos de la vida.

Nelson murió de un ataque al corazón el 4 de julio de 1989, solamente tres días después de haber dejado su trabajo para producir su propio canal de televisión, su sueño nunca cumplido.

Texto y programación: Loïc Diaz Ronda